

LA MIRADA DE MAX AUB A MÉXICO

Joaquina Rodríguez Plaza*

Cuando he escrito acerca de la literatura del exilio español en México he situado a Max Aub como un miembro de ese grupo, por ende lo he llamado español. En las líneas que siguen voy a matizar, en primer lugar, el aserto de su españolidad; para después ubicar desde dónde habla este autor cuando escribe los cuentos con tema mexicano intitulados *Cuentos mexicanos con pilón* (1959) y *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco* (1960)

Max Aub Mohrenwitch nació en París el 3 de junio de 1903. Si acaso el lugar de nacimiento implica ser ciudadano de tal país (idea con la que Aub está en total desacuerdo¹), cabría afirmar que el niño era francés; pero como ningún niño decide cuándo obtiene ciudadanía sino que son los padres quienes eligen, el asunto no es tan claro. La madre, en efecto, era francesa y de origen alemán –el apellido materno, Moehrenwitch, es eslavo– y el padre de Max Aub era alemán. De modo que podríamos decir que de 1903 a 1914 el niño fue alemán y francés, y, por supuesto, hablaba ambas lenguas. Cuando inicia la Primera Guerra

Mundial, la familia se instala en Valencia, España, ante el conflicto mundial que enfrentaba a las naciones de sus padres. La familia era burguesa, agnóstica y de estirpe judía. El niño se sorprende cuando atraviesa con su familia la frontera francesa hacia España y oye por primera vez el ¡SALES JUIFS! Entonces se entera de que lleva consigo algo que los franceses rechazan con aberrante crueldad. De modo que su lengua materna es el francés; la paterna, el alemán, y sólo a los 11 años cuando llega a España empieza a aprender el español. Lo aprendió estupendamente, tanto que nunca escribió en otra lengua (y ya sabemos que escribió mucho y en todos los géneros literarios conocidos, y en otros más que él mismo inventó). Ni siquiera en su diario personal hay una frase completa escrita en francés, si acaso una o tres palabras anotadas en alguno de los carnets adquiridos, ya de adulto, en Marsella, mientras esperaba escondido el permiso para embarcar hacia América (a donde tampoco había elegido llegar); en alemán no he encontrado una sola palabra entre los papeles de su diario personal. Por todo lo anterior, concuerdo absolutamente con Tomás Segovia cuando reflexiona en su libro intitulado *Sobre exiliados* acerca de la paradoja del ser

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

¹ Cfr. Mi artículo "Testimonio Cuervo", en *Tema y variaciones de literatura* núm. 26, pp. 247-255.

español de Max Aub: “Porque es claro que Max Aub decidió tan poco vivir a los 11 años en Valencia como un cercedillés haber nacido en Cercedilla”,² dice Segovia con mucha gracia, y de ahí que siga citándole porque no lo sabría decir de mejor manera:

...un hombre no puede decidir nacer en un lugar determinado, pero sí puede decidir *haber nacido* allí. O sea asumir como propia una circunstancia fortuita... hacerse responsable de lo que le es impuesto, convertir un hecho mudo en un acto de sentido, hacer en una palabra que la libertad irrumpa en el corazón de la necesidad.³

Para más detalles y consecuencias de esta identidad friable de Max Aub, invito a leer mi *Conversación post mortem* en la antología de *Relatos y prosas breves de Max Aub* seleccionada, anotada y comentada junto con Alejandra Herrera Galván, y publicada por la UAM-Azcapotzalco en 1993.

No sólo el arqueólogo, también el escritor se identifica con los objetos que explora y saca a la luz. Max Aub sacó a la luz el objeto de la Guerra Civil Española y sus consecuencias, en cientos de páginas recopiladas en novelas, piezas dramáticas, cuentos, algunas de las cuales escribió mientras vivía aún en España y atesoró durante sus varias estancias en campos de concentración o de castigo en Francia, acusado de ser comunista (había ingresado al PSOE en 1927) y haber escrito textos en defensa de la justicia social; pero la mayoría de los escritos con el tema de la guerra civil (1936-1939) los compuso estando ya en México a donde llegó en 1942. Duran-

te muchos años los temas de sus textos fueron *necesariamente* sobre la política y la sociedad españolas porque quiso ser y se hizo español. Esa fue su elección y la asumió con responsabilidad, compromiso y obstinada energía. Nunca se doblegó ante irrazonables acusaciones como la de haber traicionado a la Segunda República Española o la de ser partidario del imperialismo norteamericano. Se salió de España por no callar –pues esa era su forma de lucha en tanto escritor– no dejaría de escribir su verdad sobre lo que había visto y oído durante todos esos años. Esa verdad, irremediablemente, tiene que cambiar con la distancia, el tiempo y, en particular, con su deseo de mirar a los otros, de salir de sí continuamente para crear a sus innumerables personajes y dialogar, polemizar o reñir con ellos para ser uno entre los demás. Cuando pudo ser rescatado de la cárcel francesa y su vida fue salvada en México, obtuvo la perspectiva necesaria para lograr examinar con mayor objetividad lo observado aunque no lo consiguió totalmente, lo que es, en términos generales, una utopía inalcanzable.

Ahora bien, una cosa es la identidad y otra la pertenencia. Max Aub se identifica con los problemas de España porque esos son los que le tocó vivir en su madurez, pero ¿a qué o a quién pertenece un literato cosmopolita?: “a la vida”, afirmó contundente Arturo Souto Alabarce en su nota para la presentación de la antología *Relatos y prosas breves de Max Aub*.

...Parte siempre de la vida, la suya y la de los demás. Sus personajes son las más de las veces amigos, conocidos, coetáneos, cuando menos alguien de carne y hueso con quien alguna vez se cruzó en el camino.

² Tomás Segovia, *Sobre exiliados*, pp. 251.

³ *Loc.cit.*

Ya hemos visto, muy someramente aquí, que los caminos recorridos por Max Aub fueron muchos y muy variados; en ellos coloca a los innumerables personajes gestados con absoluta fe en la humanidad. Si lo divino le es ajeno, todo lo contrario le sucede con los seres humanos; le fascina observar sus comportamientos, discutir sus ideas, testimoniar sus actos, en una palabra, alternar con los otros; esto es, desempeñar diferentes cargos o funciones con un *alter*, con un otro o, mejor dicho, con muchos otros.

ALTERNANDO EN MÉXICO

La mayor parte de los últimos 30 años de su vida los vivió Max Aub en México. Aquí desempeñó su oficio de escritor colaborando en más de veinte periódicos y revistas ya existentes en el país, creó otras publicaciones cuya hechura es totalmente suya (*Sala de espera*, *El correo de Euclides*), hizo traducciones, guiones para el cine y otros muchos trabajos que muestran su interés por su país de adopción. (Se nacionalizó mexicano en 1955)⁴

Siempre vuelto hacia lo que lo rodeaba hizo en México amistades (y también enemistades) con escritores —particularmente dramaturgos— con quienes amplió su cosmopolitismo innato y enriqueció su mestizaje cultural; a esa riqueza contribuyeron los viajes a otros países europeos (Inglaterra es el país por el que expresa más simpatía) —ya con pasaporte mexicano— y a Cuba donde participó en el Primer Congreso de Intelectuales en 1969.

La alternancia con los otros incluye desde luego las permanentes lecturas de escritores cuyos textos lo llevan a tener correspondencia con sus respectivos autores si son sus coetáneos, y, si no los son, lo impulsan a escribir reseñas y variadas notas en su diario personal donde expresa juicios críticos acerca de los textos leídos. Recalco, pues, su mantenida y constante alternancia, tanto con sus semejantes como con sus desemejantes.

Hay una obra muy interesante de Max Aub, *Juego de cartas* (1964), donde su autor hace un planteamiento, podríamos decir, lacaniano. Se trata de jugar con unos naipes en cuyo reverso están escritas las cartas de varias personas, y cada una ofrece un espejo distinto de un personaje ya fallecido llamado Máximo Ballesteros. Por lo tanto, Max Aub está confirmando las aseveraciones lacanianas de que el sujeto es hablado por el Otro y es pensado por el Otro. Me atrevo a añadir que coincide también con J.P. Sartre en que el infierno es la mirada del otro. Pero si acaso el tal Máximo fuese un *alter ego* de Max Aub, él no se siente en el infierno, sino que sonrío como buen humorista ante la multitud de ojos que lo ven sin mirarlo —o sin leerlo, que es lo mismo, y fue su queja reiterada—.

Ni dando “tres vueltecitas”, encontró “la gallinita ciega” —que es Max Aub— a la España de antes, a “su” España. Ni siquiera los españoles reunidos en los cafés de México son los mismos. Tras diez o quince años de vivir en el país las transformaciones son notables: quienes fueron albañiles, meseros, campesinos, y también los que ya tenían alguna profesión atienden sus tiendas como cualquier gachupín, trabajan en editoriales como correctores de pruebas, se han casado con mexicanas y adquirido

⁴ Véase el artículo de Eugenia Meyer en *Homenaje a Max Aub*, El Colegio de México, pp. 39-59.

el tratamiento del “usted” y algunos hasta casa propia, en fin: se han aburguesado.

El protagonista de “La Merced” (uno de sus primeros cuentos con tema mexicano⁵) no es una excepción de ese cambio. Luis Giaccardi es uno de los reunidos en un café cercano a la zona del mercado más grande, pero de población más pobre y con más cantinas de México. Ya es de noche cuando se encamina hacia su casa tras haber discutido horas de los mismos temas con sus contertulios: la situación de España y la responsabilidad de haber perdido la guerra que se achacan unos a otros. La obscuridad de la noche ayuda a Giaccardi al recuerdo: su militancia en la FAI, sus intervenciones en atentados donde se había jugado la vida y acabado, quizá, con la de otros, convencido de su teoría de la acción directa. Pero sus recuerdos se mezclan con las actuales preocupaciones de la fábrica de tejidos. De repente, le sale al paso un borracho zarrapastroso mecapalero de la Merced. El miedo se le hospeda ante la posibilidad de que el harapo de hombre le pueda “clavar su fierrito como si nada”. Luis Giaccardi se desconoce: quien se había jugado el pellejo durante años en España le tenía miedo a un borracho infeliz, a esa aparición que no era persona ni por asomo. Al miedo le sucede una gran lástima de sí mismo. Hasta que le da frente al borracho:

- ¿Qué te traes conmigo?
- ¿Con usted patrón? Deme para una cerveza.
- Toma.
- Dios se lo pague, patrón.

Con este brevísimo diálogo, Max Aub nos plantea varios asuntos a la vez: Por un lado,

⁵ Max Aub. *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos*, p. 39.

la pérdida de identidad del español *refugiado* en México que no siente el refugio suficientemente seguro, ha sufrido el pavor del encuentro con lo otro que no sabe lo que es, lo desconoce porque no es todavía un transterrado; que si bien ha podido salvar su vida gracias a la hospitalidad del país, también está pagando el precio de la disolución del yo, ¿en quién? En patrón. La paradoja es evidente: ¡un anarquista convertido en patrón! Quien había luchado por la igualdad, la autogestión para no ser ni amo ni criado, se encuentra con alguien que asume las relaciones humanas con esas categorías del poder, con alguien de otro mundo, inadmisibles, incomprensibles, inesperado y por tanto aterrador. El miedo, que tiene ojos enormes, agiganta al interlocutor a quien ve como amenaza, primero incognoscible, y luego, absurda. Vida y muerte habían tenido para Luis valor, peso y, por supuesto, sentido; ahora esos conceptos estaban trastocados, rotos. Su vida podría haber terminado por nada, como si nada.

Por otro lado, el borracho lo convierte en “su” patrón. En México, el título de “patrón” lo otorga cualquier ganapán que sobrevive prestando un servicio menor, inmediato y momentáneo, por el que podrá —quizá— esperar una moneda u otra dádiva para socorrer una necesidad. Esa limosna sólo la puede dar el patrón, el que manda, el “gachupín” que posee una tienda y por lo tanto es superior. La tradición mexicana dicta el sometimiento sin réplica.

Aquí vemos, en conclusión, el encuentro con dos idiosincrasias inasimilables entre sí que Max Aub testimonia sintéticamente en dos realidades: una que explica el pasado idealizado del anarquista; la otra, la del presente en México del marginado social, del borracho cargador en un mercado.

En *Cuentos mexicanos con pilón*, vuelve Aub a salirse de sí para ver al otro sin los prejuicios adquiridos, o al menos intenta el abandono de parámetros adquiridos que son mayoritariamente los europeos con la intención de testimoniar lo nuevo, lo que ve en este país.

En “Memo Tel” traslada la anécdota a la época de la Revolución Mexicana. A Max Aub siempre le importó, por encima de los demás elementos que estructuran la narración, proporcionar el ambiente en el que la historia se va a desarrollar, de manera que toma distancia de los otros, pero sin aislarse, para observarlos con esa mirada atenta y aguda propia de quien ama el cine; de ahí que inicie el cuento acotando como en un guión cinematográfico: “Mi coronel Serafín Gómez está apoyado en el mostrador de la cantina de Severiano a las once de la mañana del 12 de junio de 1915. Toma su cuarto mezcal, que todavía no le sabe.” Con tal inicio, el tiempo presente actualizado obliga la atención del lector al imponer la isotopía —como la del ojo de la cámara cinematográfica— de la imagen con la del lector que la percibe: ahí tenemos ya el tiempo, el espacio —una cantina—, y la caracterización parcial de dos personajes: el coronel Serafín Gómez (militar de las fuerzas de Francisco Villa) y Severiano (el dueño de la cantina, obviamente gachupín) Tenemos también a un narrador que llama a Serafín Gómez “Mi coronel”, de manera que la relación del narrador con el militar es clara: es alguien adscrito a la autoridad militar, alguien que, al menos, parece que acepta estar subordinado a ella. Conforme el cuento se desarrolla, vamos descubriendo que ese “Mi” introductorio es sorna del narrador que adopta el habla subalterna del mexicano cuando se dirige a un militar, y el narrador asume así una su-

puesta neutralidad y apartamiento ante la lucha de poderes que plantea la historia del cuento. El juego de poder lo iniciará el rijoso coronel Gómez, quien con su cuarta copa de mezcal busca cualquier pretexto para entablar pelea. El pretexto se lo da un cuadro que representa a Guillermo Tell disponiéndose a disparar la flecha de su ballesta contra la manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. El coronel pide explicación de quién es el del “arcabuz”. Responde, con enmienda, el que sabe: “el señor licenciado” Rufino Colmenares, parroquiano de la cantina. Esto es suficiente para que se establezca una violencia —siempre sometida al control— entre los dos personajes: el leguleyo y el militar. Ambos son hombres de la total confianza de Villa, pero se retan por ganar su predilección. Se retan con afilada ironía verbal, pero sin perder nunca los estribos, que es manera frecuente en las discusiones entre mexicanos. Si hay insultos —que no pueden faltar en una cantina, y son indispensables en ésta para dar vitalidad y verosimilitud a la anécdota— éstos nunca van dirigidos al interlocutor de manera directa, se lanzan al espacio para quien quiera “ponerse el saco”. Los trazos de estos perfiles protagónicos corresponden a la caricatura, para la que Max Aub tan diestro era, y son parte del ambiente que el autor logra transmitirnos de forma excepcional.

En “De cómo Julian Calvo se arruinó por segunda vez” vuelve a enfrentar las conductas del español refugiado con las del mexicano. Julián Calvo ya se había arruinado una vez al dejar todo en España; el cuento nos da las causas de su segunda ruina en México. Ha montado una imprenta gracias a créditos bancarios y a su enorme capacidad de trabajo; pero tal disposición no basta para instalarla con rapidez:

“... que la grúa, que el camión, que el señor Lupe tuvo que ir a Toluca...” Pero don Julián es, como buen español, testarudo, o, si se prefiere, perseverante. Además es ateo. De manera que se niega terminantemente a que los obreros traigan al padrecito para que bendigan la maquinita. No le cabe en la cabeza que el estar sindicalizado aquel obrero en la CTM, o el ser masón del otro, no tenga nada que ver con el padrecito ni con el altar a la virgen-cita de Guadalupe que los trabajadores desean colocar en la imprenta. Transige, en cambio, con la fiestecita y hasta contribuye con salchichones y chorizos que se consumen con el agrado de todos y el acompañamiento abundante del tequila y las cervezas. La fiesta dura hasta la madrugada. Si Julián Calvo acude puntual a las ocho al trabajo, es asunto suyo. El presista no llega sino hasta dos días después. Los contertulios de don Julián le aconsejan adaptarse al nuevo mundo, pues los obreros no buscan lo mismo que él: cumplir y ganar dinero. Nadie ni nada puede hacerle desviar sus principios, son “ellos” quienes no tienen ninguno, ni buenas ideas, ni capacidad de progreso ni todo lo demás. La imprenta empieza a ir de mal en peor: falta tinta y ya no queda en el almacén, la máquina está sucia y Agustín no está para limpiarla, el mecánico salió a almorzar y no hay quien, la palanca se atoró, que es rejega y no marcha, que yo creo que lo engañaron a usted, patroncito. “Así se arruinó por segunda vez Julián Calvo”. Lo que llama la atención de Aub es, precisamente, esos rasgos y valores morales del carácter del mexicano tan distintos del español.

Genovevo Fernández Luque, de León Guanajuato, es el personaje principal del cuento “Los avorazados”. Es cobrador de facturas en una compañía de la ciudad de Mé-

xico. Un día sufre un desmayo y, a su pesar, es llevado durante 3 días al hospital. Al salir, le informan de su nuevo puesto subalterno, pues la compañía “no quería correr el riesgo de que su cobrador cayera en la calle con la bolsa repleta.” Genovevo oculta su resentimiento. A los dos días se reúne con tres amigos en una cantina y les propone que lo asalten. Se repartirán el dinero: “fifty-fifty”. Según lo convenido, un sábado en la noche lo amordazan y atan de manos, tras de tomar la cartera, en la calle trasera de una fábrica. Ya en el suelo, el Pelón le clava un cuchillo en el pecho: “—Por avorazado— dijo”. Los tres amigos, tranquilos, deciden seguir las recomendaciones del difuntito y se van al Desierto de los Leones; entrada la noche, entierran a Genovevo. Por la mañana, el apetito. Damián va a comprar unas gorditas y cervezas. En su ausencia, poco tarda la decisión: lo matarán y se repartirán el dinero. Las cervezas están bien frías. Damián ya ha bebido las suyas allá abajo y acepta seguir cavando mientras comen sus compañeros. Así, de espaldas, no le cuesta trabajo a Chacho meterle el fierro entre costilla y costilla. Pero aún le resta la fuerza suficiente para que Damián musite que de nada les iba a servir: ha envenenado las cervezas e iban a morir como perros. “—A mí no me ma-druga nadie.”

En esta ocasión, el cuento de Aub tiene carácter esperpéntico. Muestra a una clase social mexicana de la más baja estofa para la cual la vida no vale nada, sólo vale el dinero. Pero la traición y el avorazamiento está en todos: está en los patrones que explotan al máximo a sus empleados con ferocidad capitalista y para quienes nada importa los trabajadores —éstos son masa informe y desechable cuando no pueden ser utilizados en beneficio propio— y está

también en esos trabajadores de la más baja calaña. Si tanta traición pudiera parecer inverosímil, no lo es; a través de una hipérbole el autor demuestra que la traición es la medida del pseudohumano. Nadie se salva. El final es además espeluznante: “Los billetes se pudrieron. Ellos, no; que hay manadas de perros por aquellos alrededores.” De todos los cuentos de Aub, éste es uno de los de ambiente más sórdido junto con el titulado “El Chueco”, también esperpéntico y que plantea además otra de las bajas pasiones que le interesa destacar: la capacidad de venganza. En este asunto, si adjudica tal capacidad a personajes mexicanos, sospecho que es por el mantenido espejeo de unos y otros.

Así percibo, espejeado también, el cuento “La Censura”, donde un individuo no es sacado de la cárcel a pesar de que el señor Presidente de la República, en 1907, sabe que es inocente, –si fuera culpable, sería fácil sacarlo– pero conoce la capacidad de venganza del prisionero: suelto sería peligroso. “Es todo un hombre...y como tal, vengativo”. Aub plantea aquí el poder absoluto que “ejercía” un presidente militar para cometer tropelías, urdir tracas, tramar enjuagues, maquinarse chantajes, conspirar asesinatos; plata o plomo es el lema que organiza la gestión de toda la clase política para repartirse puestos y “servir a la patria”. En esta ficción, absolutamente confundible con la realidad de la historia política de muchos países (incluido, México, desde luego), podemos confundir a don Victoriano con algún personaje real o bien visualizarlo como un collage surrealista de varios hombres de la historia política mexicana. Don Victoriano mandaba el 4o. Regimiento de Infantería en ese tiempo y guarnecía la capital: “Cuarentón, soltero, enjuto, más bien pequeño, las orejas muy

separadas del cráneo que empezaba a despoblarse.” Y es que Aub conoce ya bien la índole humana y también la época de la Revolución; de ese conocimiento proviene su *Guía de narradores de la Revolución Mexicana. Ensayos mexicanos*. (1969) que fue reeditada en 1985 en el número 97 de *Lecturas Mexicanas*.

En la divertida historia de “El caballito” vuelve Aub a contrastar las dos formas culturales de españoles y mexicanos. Aquí el autor:

Da noticia del rudo carácter de un cura español y de las causas que le hacen intolerable la vida y le impiden cumplir con su tarea: la superstición, la incapacidad de los lugareños para mirar a los ojos, el talento para decir a todo que sí, aunque se piense que no, y el poco aprecio por la vida.⁶

Con mantenida observación de unos y otros escribe Aub uno de sus mejores cuentos: “La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco”,⁷ donde el agudo y atento oído del autor recoge los matices, los distintos tintes de una misma lengua. Será el sonoreense, Ignacio Jurado, quien confronte usos y costumbres de mexicanos y españoles. Nadie mejor que Nacho para testimoniar y comparar esa polifonía, puesto que es mesero de un Café del centro de la ciudad de México desde que era jovencito; ha escuchado a la clientela mexicana y ha comprendido los sucesos de la Revolución: “Para ellos no hay más universo que el que forjaron, en la década de los veinte, Carranza, Obregón y Calles.” Las conversaciones en las mesas del café son de timbre

⁶ Alejandra Herrera, *Relatos y prosas breves de Max Aub*, p. 340.

⁷ M. Aub, *op. cit.*, pp. 9-32.

atemperado y cordialísimas; en tal ambiente de personas ilustradas y decentes, a Nacho no le cabe el a gusto. Todo cambió a partir de 1939: llegaron los españoles refugiados con sus gritos estentóreos, la estridencia de consonantes como para romper gargantas, esas ces y zetas que serruchan el aire y discusiones inacabables sobre la guerra civil en España. Cada tertulio es enemigo del vecino: el comunista del anarquista, éste del socialista, el socialista de don Indalecio Prieto es opositor del socialista de Largo Caballero: todos contra todos y a voz en cuello que parece que se van a matar. Lo que no entiende Nacho es por qué no han matado a ese tal Franco, si él es el culpable de toda la batahola que está soportando Nacho día tras día y año tras año.

El desarrollo de la historia y la solución final la podrá leer (o bien oír en un disco de "Voz viva de México") quien tenga curiosidad. A mí me interesa por de pronto añadir unos comentarios.

No recuerdo quién fue el que dijo lo de España: país de la rabia y de la idea, pero me lo apropió porque concuerda a la perfección con el ambiente descrito por Max Aub. El Café (lo escribo con mayúscula para diferenciarlo de la bebida) es el espacio de reunión de los españoles exiliados, el ágora donde pueden seguir discutiendo de todo aquello cuya consecuencia es estar viviendo en otro país, en otro continente. El Café es el sitio donde han hecho sitio los españoles, y la rabia es la amalgama que los cohesiona como grupo. Si no fuera por ella, por la rabia, España desaparecería. La idea es una sola: volver cuando muera Franco. Se agiganta al enano ene-

migo, al "generalísimo Franco por la gracia de Dios", para que la rabia de ser los vencidos en la guerra los mantenga vencedores en México. La fuerza de la rabia evita sentirse víctimas, perdedores; quienes perdieron son los que se quedaron allí, soportando al enano: estrategia psicológica de algunos para sobrevivir sin dejarse atrapar por la amargura. Tampoco Aub se deja atrapar por ella en este cuento, mantiene su gusto por la vida con sonrisa humorística observando a unos y otros. Mira tanto al mexicano como al español con conocimiento de causa pero sin acrimonia: comprensivo, tolerante, comparte sin juzgar, testimonia. Él, que se quejó muchas veces de su mal oído para justificar su no buena poesía, reproduce admirablemente las voces de los otros. Como buen retratista, le fascinan las tonalidades, los timbres sonoros, incluidos los muy importantes y significativos silencios de sus personajes mexicanos. Ellos callan para no dejar que su pasión se transparente, en tanto el español la difunde a gritos. Capturar los silencios y conocer su sentido implica, desde luego, mayor capacidad de observación, agudeza de oído. Distancia del escucha.

El torrente de escritura de Más Aún (como lo llamó Simón Otaola) está vertido en el Otro vivo, un ser dinámico que lo lleva para lados diferentes de las cosas y a producir con ello una alteración del ritmo del tiempo mexicano. Alteridad inalcanzable. La Historia –circunscrita siempre a la historicidad– sigue construyéndose con la mirada consciente de lo Otro. Y, a la vez, como dijo Coetzee: "La historia carece de vida a menos que le proporciones un hogar en tu conciencia" ■